

Tercer domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero comenzar esta homilía con la historia de un joven sacerdote que conocí hace un par de años en Toronto, Canadá. Antes de ser sacerdote, aquel señor trabajaba en una tienda de la ciudad donde era vendedor. En su trabajo había ganado suficiente dinero para comprarse una casa donde vivía con su novia.

Una noche, mientras salía con amigos, sufrió un accidente automovilístico. El accidente fue tan grave que acabó en el hospital con muchas cirugías. Estuvo muchos días en coma en la Unidad de Cuidados Intensivos. Cuando salió de allí no recordaba nada de lo que le pasó. Incluso cuando se recuperó después de muchas semanas en el hospital y regresó a casa cojeando en la pierna izquierda, fue un milagro. Se preguntaba por qué Dios le perdonó la vida.

Esta pregunta lo torturó seriamente en su corazón. Concluyó que Dios fue misericordioso con él porque quería que cambiara su vida. Le perdonó la vida para darle una segunda oportunidad de vivir, para que se arrepienta de sus muchos pecados y se acerque a él. A partir de ese momento comprendió que no había mejor camino de conversión que ofrecer a Dios el resto de su vida como sacerdote. Así que lo dejó todo, entró en el Seminario y, más tarde, fue ordenado sacerdote.

¿Por qué cuento esta historia? Los cuento esta historia para sumarse al mensaje de las lecturas de hoy que se centran en la misericordia de Dios hacia nosotros y nos invitan a actuar consecuentemente y responsablemente. La primera lectura cuenta la historia de los habitantes de Nínive. Cuando escucharon la predicación de Jonás invitándolos al arrepentimiento, no dudaron en cambiar. Cuando se apartaron de sus malos caminos y se arrepintieron, Dios perdonó sus pecados.

Este acto de arrepentimiento es un llamado permanente que nos dirige nuestro Señor. La enseñanza de nuestro Señor en el Evangelio de hoy tiene que ver con el arrepentimiento. La misericordia de Dios se cumple ante la presencia de nuestro Señor en medio del mundo mediante el anuncio del Evangelio. Escuchar a nuestro Señor es escuchar al Padre que nos invita al arrepentimiento y a la conversión del corazón. Nos conviene dar nuestra respuesta dejando atrás los pecados y recurriendo a Dios.

El arrepentimiento y la conversión significan un cambio radical de su manera de vivir, de pensar y de ser. Tienen que ver con abandonar los pecados y vivir según los mandamientos de Dios. Sin embargo, la mayoría de las veces confundimos el dolor por las consecuencias de los pecados y el dolor por los pecados. A causa de esta confusión, muchas personas tienen el pesar más de las consecuencias que sus pecados puedan traer a sus vidas que de los pecados mismos. Si pudieran escapar de las consecuencias de sus pecados, supongo que continuarían haciendo los mismos pecados una y otra vez. Pero lo que Jesús quiere cuando habla de arrepentimiento es un odio real al pecado y un amor sincero a los mandamientos de Dios.

Además, cuando Jesús nos invita a creer en el Evangelio que nos trae, quiere que confiemos en su palabra, que creamos que Dios es realmente tal como nos dice, que su amor es tan grande que es capaz de perdonarnos y darnos una nueva oportunidad de vida. A esta tarea están llamados los discípulos. Están llamados a ser compañeros y colaboradores de Jesús. Están llamados a hablar al mundo y repetir las palabras de Jesús: "Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio".

¿Quiénes son estas personas que Jesús llama y hace sus discípulos? Son personas comunes y corrientes, como tú y como yo, pero llamadas a hacer cosas extraordinarias. Lo que más cuenta no es quiénes son, sino lo que serán bajo la guía de Jesús y lo que él puede hacer con ellos. Esto arroja luz sobre nuestra vocación personal. Dios nos llama tal como somos, con todos nuestros defectos y debilidades, pero quiere hacer de nosotros instrumentos de su obra para la gloria de su reino. Él quiere transformarnos para adaptarnos a la misión que nos da.

Para tener éxito en esta misión, tenemos que vivir desapegados de las cosas terrenas. Tenemos que abandonarlo todo y ponernos sin reservas a su disposición. Esto es lo que ha hecho con los discípulos que abandonaron barcas, redes y familias para seguirlo. Sin desapego no podemos cumplir con la tarea de convertirnos en pescadores de hombres, como los primeros discípulos.

Lo que todo esto significa es que nada debería interponerse en nuestro camino cuando se trata de seguir a Jesús. Es en este sentido que debemos entender la insistencia de san Pablo en la segunda lectura. Nos invita a tomar en serio nuestra relación con Jesús. Por supuesto, las cosas de la tierra son importantes; pero con respecto a nuestra vida eterna, son relativas. Tenemos que vivir en este mundo, no despreciando el mundo y sus bienes, sino con la mirada fija en nuestra salvación eterna.

En otras palabras, a San Pablo le gustaría decir que los valores humanos, las posesiones, las alegrías e incluso el matrimonio son relativos al valor último de la vida eterna. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no apegar demasiado nuestro corazón a las cosas que pasan. Tenemos que apreciarlos en los límites de lo que son y nada más.

Sin embargo, una cosa es preocuparnos por nuestra salvación eterna y otra despreciar cualquier relación humana, e incluso las saludables conyugales bajo el pretexto de perseguir la santidad. Descuidar las obligaciones legítimas y religiosas, como marido y mujer, con el pretexto de la búsqueda de la santidad, es ignorar que es en nuestra propia vocación que debemos encontrar el camino hacia la santidad. Todo lo que hacemos por razones egoístas no tiene nada que ver con la santidad, sino con la satisfacción de nuestro egoísmo.

Oremos por todos aquellos que han respondido al llamado de Dios de diversas maneras para que los fortalezca en su vocación. También le pedimos al Señor que nos ayude a descubrir el verdadero valor de las cosas de este mundo que no se pueden comparar con nuestra salvación eterna.

Jonás 3: 1-5, 10; 1 Corintios 7: 29-31; Mark 1: 14-20



Fecha de la Homilía: el 21 de Enero, 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240121homilia.pdf